

Este suceso produjo grandísimo efecto en Viena, donde hacían todavía su papel los políticos charlatanes y estudiantes imberbes y con barba. El parlamento seguía con su confusión de lenguas, de nacionalidades y de partidos, sin esperanza de unidad y sin respetabilidad para imponerse á los de arriba y á los de abajo, á los de afuera y de adentro. Rieger, de Bohemia, orgulloso de su nacionalidad y de la mayoría eslava, dijo en el parlamento: «Nosotros los eslavos formamos la mayoría en Austria, que se sostiene con nuestro dinero y nuestra sangre, es decir, que se sostendrá mientras nosotros queramos.» Por fortuna formaba esta mayoría la derecha de la asamblea, pero desde la sumisión de Praga por Windischgrätz estaba siempre á punto de aliarse con la



Roberto Blum

izquierda contra el enemigo común, el partido militar, á pesar de prevalecer en la izquierda las simpatías alemanas y húngaras. El ministerio liberal, odiado de palacio y de la izquierda, dejaba correr los sucesos adaptándose á las circunstancias; y cuando en 21 de agosto empleó la fuerza armada para sofocar un tumulto de obreros que ya duraba cuatro días, y cuando por esta intervención la junta de seguridad le amenazó con disolverse y el ministerio le cogió la palabra y le hizo cumplir su amenaza, esta energía pareció á todo el mundo una cosa fabulosa. Pero veintitres días después la junta aprovechó otro tumulto obrero para reconstituirse y conseguir la dimisión de los ministros Schwarzer, Bach y Latour, este último porque quiso disolver y desarmar al cuerpo escolar.

Cuanto mas crecía la confusión mas alegre se frotaba las manos la reacción, y cuanto mas claros se empezaban á ver los planes de esta, mas se estrechaban las distancias entre el pueblo de Viena y el pueblo húngaro, porque uno y otro comprendían que la derrota de uno significaba la del otro. Pero si el partido democrático de la capital recibió con los brazos abiertos á la comisión del parlamento húngaro que fué á quejarse al gobierno de la invasión armada de Jellachich, en cambio la asamblea no admitió á la citada comisión, porque la mayoría era eslava y no podía simpatizar con

los húngaros contra pueblos eslavos. Los demócratas trabajaron para sembrar la indisciplina en los regimientos destinados á Hungría, y la resistencia de un batallón de granaderos á marchar á la frontera dió lugar, en 6 de octubre, á una verdadera batalla junto al puente de Tabor, batalla que costó la vida al general Bredy, que quiso reducir á los revoltosos á la obediencia con un regimiento de Galitzia, es decir, de polacos.

La torpeza del gobierno dejó extenderse el motin al interior de la ciudad, donde tomó luego proporciones aterradoras; la multitud soez supo que el ministro de la Guerra Latour se hallaba en el edificio donde estaban las oficinas de este ramo, y en seguida fué tomado por asalto y el ministro preso, asesinado ferozmente y colgado su cadáver de un farol del alumbrado. De allí pasó la horda salvaje al arsenal, que también fué tomado y saqueado. Durante la noche se reunió en sesión extraordinaria el parlamento, presidido por el polaco Smolka á falta del presidente legal, que había huido; declaróse en permanencia; nombró una junta de seguridad y se encargó del papel de mediador, pidiendo al emperador que hiciera cesar el fuego, que concediera una amnistía, nombrara ministerio popular y derogase el manifiesto del 3 de octubre. Con gran sorpresa de todos contestó el emperador desde su palacio de verano de Schönbrunn concediendo con la mayor afabilidad cuanto se le pidió. El contento fué general, creyéndose que todo se arreglaría pacíficamente, cuando á la mañana del día 7 llegó la noticia de que la corte se había dirigido á Olmütz y puesto bajo la protección de una brigada preparada cautelosamente por el príncipe de Windischgrätz á este efecto, dejando el emperador un manifiesto condenando en términos indignados todo lo sucedido y llamando á todos los pueblos de la monarquía á una cruzada contra la revolución. La alegría había cedido el puesto á la consternación; el ministerio se dispersó; cuarenta diputados eslavos abandonaron el parlamento y desde Praga justificaron su marcha, protestando al mismo tiempo contra todas las resoluciones que tomaran en su ausencia los diputados que quedaban, y finalmente invitaron á todos los diputados leales á una reunión en Brünn.

En Viena había quedado del ministerio solo Kraus, el ministro de Hacienda, y del parlamento solo una parte de sus miembros, viendo todos con espanto amontonarse los peligros, porque Jellachich, contentísimo de tener un pretexto para justificar de algun modo su vergonzosa retirada al territorio austriaco, se dirigió á la capital á la primera noticia de los referidos sucesos, sin hacer caso de las protestas del parlamento. Reunióse con él el conde de Anersberg, comandante de la guarnición, el cual con ella salió de la capital abandonando sus últimas posiciones, y también se incorporaron á sus tropas los regimientos reunidos cerca de Presburgo; mas á pesar de tantas ventajas, no fué Jellachich el destinado á desempeñar el papel principal en el nuevo drama que la reacción iba á poner en escena, sino que se encargó de este papel el lugarteniente del emperador en Bohemia, el príncipe de Windischgrätz, mejor dotado que Jellachich para este objeto. Desde Praga envió á todas las fuerzas imperiales el día 8 de octubre las respectivas órdenes de marcha y demás instrucciones, preparadas y firmadas ya algunas semanas antes, en virtud del nombramiento secreto del príncipe para generalísimo de todas las fuerzas imperiales menos las ocupadas en Italia, nombramiento que hizo público él mismo el día 16 sin consideración á los plenos poderes dados por el emperador el día 3 á Jellachich. El nuevo feld-mariscal y generalísimo, desde Lundenburg declaró, en 20 de octubre, la capital de Austria en estado de sitio y bajo la ley marcial, y decidido á no tratar con rebel-

des, no admitió negociadores. El parlamento y el consejo municipal, sobrecogidos de terror, abrigaron sin embargo la ilusión de escapar ilesos de la tormenta que se acercaba, haciendo ver que muy léjos de ser rebeldes, solo se defendían contra generales que obraban contra lo mandado y concedido por el emperador; si bien para esta defensa no tenían mas recursos que la apelación al emperador y hasta al regente ó curador del imperio alemán, que funcionaba en Francfort. Para la resistencia armada no tenían ni una ni otra corporación, ni deseo ni preparativos, ni tampoco la población, de la cual habían huido unas 100,000 personas, y si al-

gunos meditaban algo en este sentido, el ministro de Hacienda Kraus sabía paralizar hábil y disimuladamente toda medida enérgica propuesta. Espíritu de resistencia solo había en la junta central de las asociaciones ó bandos democráticos, alentados por los agentes y centros revolucionarios de otras capitales.

Esta junta nombró jefe de la guardia nacional de Viena al escritor Messenhauser, que pocos meses antes había tomado su licencia del ejército austriaco con el grado de teniente, y confió al polaco Bem, que tanto se distinguió en la fatal jornada de Ostrolenska y en la defensa de Varsovia, el



Francisco José I, emperador de Austria.—Retrato hecho en 1851

mando en jefe de las tropas regulares. Con auxilio de fuera no había que contar, y las seguridades de simpatía y de apoyo moral que la izquierda de la asamblea nacional de Francfort envió á los demócratas vieneses por medio de una comisión, no eran mas que una muestra de deferencia sin valor práctico después que el parlamento había declinado muy cuerdamente la proposición del diputado austriaco Berger de dar un voto de gracias al parlamento y á la población de Viena. El ministerio nacional alemán, por su parte, intercedió como mediador cerca de Windischgrätz, en su cuartel general de Stammersdorf, á favor de los vieneses, encargando esta misión á los diputados Mosle y Weleker, pero el generalísimo no quiso reconocer ningún derecho al poder central alemán para mezclarse en un asunto puramente interior del Austria y en el cual no se trataba de mediación ni de reconciliación sino simplemente de sumisión

y de obediencia (1). Igual resultado obtuvo una comisión vienesa que se presentó al emperador en Olmütz. Solo de Hungría podían esperar los vieneses auxilio positivo, porque los patriotas húngaros sabían que la suerte de su país se iba á decidir en Viena. En Pest había inflamado todos los ánimos contra el soberano y contra el gobierno de Austria el manifiesto imperial del 3 de octubre; el parlamento declaró este documento espúreo y á Jellachich fuera de la ley; Kossuth atacó en uno de sus elocuentísimos discursos directamente por primera vez al soberano y á toda la dinastía, y la junta de defensa nacional se trasformó en gobierno provisional. Pero cuando llegaron las réplicas de Viena pidiendo auxilio, necesitaban los húngaros todos sus recursos en su propio país; en Transilvania contra Simunich que bajaba del

(1) Papeles póstumos de J. L. Mosle, págs. 134 y siguientes.

desfiladero del Jablunca para marchar sobre Presburgo, y en todo el Mediodía contra los croatas y demás eslavos, mientras el general húngaro Moga había repasado el Leit, ya por mandar tropas noveles, ya por temor de complicar la causa húngara continuando en territorio propiamente austriaco.

El día 23 intimó Windischgrätz la rendición á los vieneses dándoles veinticuatro horas de tiempo, pidiendo la entrega de armas, del jefe polaco Bem, del ex-secretario de Estado del gobierno húngaro Pulszky, de los asesinos de Latour y otros. Las autoridades en su completa impotencia suplicaron al príncipe que se apoderase él mismo de los jefes y personas que pedia, atacando la ciudad sin dilación antes que los revoltosos proveyesen á su defensa ó que se evadiesen, como efectivamente hicieron despues los mas diestros.

Windischgrätz no siguió este consejo por ser enemigo de toda irregularidad. El 26 dió el primer ataque en regla y se apoderó de todos los arrabales. El 28 procedió al ataque principal por dos puntos á la vez, del lado de la gran calzada y de la parte llamada «ciudad de Leopoldo,» defendida tenazmente por Bem, que propuso el derribo de una zona de casas por medio de la pólvora para formar al rededor de la ciudad un recinto de una barricada corrida y colosal, detrás de la cual obtendrían los defensores una capitulación honrosa. A esto se opuso Messenhauser, lo mismo que á la destrucción de ferro-carriles y de telégrafos, diciendo que la revolución no debía destruir los medios de comunicación del comercio. Cuando esto oyó el enérgico y decidido polaco, lo dió todo por perdido y se eclipsó, indignado, de la última barricada, logrando ponerse en salvo como por milagro. El terror se apoderó de los defensores y de todo el mundo, porque las horas de resistencia estaban contadas y las tropas, especialmente las croatas de Jellachich, se ensañaron ferrozmente contra los prisioneros y vencidos que cayeron en sus manos. La capitulación inevitable fué firmada el día 30 de octubre en Hetzendorf; pero en aquel mismo instante oyéronse los disparos de la artillería húngara.

Era el ejército de Moga, con el cual llegaba Kossuth para animarlo á fin de salvar á los vieneses. El partido revolucionario, en efecto, se reanimó y volvió á la resistencia haciéndose el sordo á las voces de Messenhauser, que dijo que firmada la capitulación debía cumplirse, lo cual solo le valió ser calificado de traidor y verse obligado á dimitir, quedándose en su puesto su ayudante Fenner, que dirigió sin plan ni concierto las postimerías de la defensa. Cerca de Sehwechat (1), las tropas aguerridas de Jellachich derrotaron á los bisoños húngaros de Moga, y entonces rompió Windischgrätz el fuego contra la ciudad rebelde é informal, que tan escandalosamente faltaba á su palabra. La lucha fué corta y se limitó á unas cuantas turbas armadas y desordenadas; el día 1.º de noviembre anunció la bandera imperial, izada en la torre de la catedral, que la ciudad estaba en poder de las tropas leales, y entonces la reacción se ensañó sistemáticamente en sus víctimas ayudada por la población cobarde, que despues de haber soportado el despotismo soez de los estudiantes y del populacho, se apresuró con celo y servilismo abyecto á delatar á los culpados. Messenhauser, como jefe de la fuerza ciudadana armada y comisionado del parlamento austriaco; los literatos Becher y Jellinek, como miembros de la prensa democrática, murieron fusilados. Entre los presos halláronse tambien los dos comisionados de la izquierda del parlamento alemán de Francfort Blum y Fröbel; este último debía haber salido de Viena el día 20, pero por circunstancias independientes de su voluntad había tenido que quedarse en

(1) Aldea de unos 3,700 habitantes á orillas del río del mismo nombre y á 12 kilómetros en dirección sudeste de Viena.

la ciudad y como su compañero se había hecho inscribir en un batallón de preferencia; pero ambos habían dejado de pertenecer á él cuando fueron llamados á las barricadas. Cuando se vieron presos creyeron salvarse alegando su calidad de diputados del parlamento alemán y su consiguiente inmunidad, pero no les valió este recurso; Blum fué fusilado el 9 de noviembre, y á su compañero salvó el ser autor de un folleto en el cual había combatido la subordinación del Austria á la Alemania unificada.

Con la revolución del mes de marzo había desaparecido para siempre el Austria feudal y absolutista, y en la del mes de octubre pasó lo mismo con el carácter de la población, que hasta entonces dado solamente á diversiones materiales sin ocurrírsele nunca meditar si tenía otros derechos que el de dejarse gobernar y de divertirse á su modo, se volvió algo mas político.

El epílogo de la revolución fué la sofocación de un levantamiento polaco en Lemberg, capital de Galitzia, en 2 de noviembre, última intentona de los polacos austriacos.

En la corte de Olmütz discutían entre tanto los partidarios del régimen constitucional con los del absolutismo, los adeptos de la administración civil y cancelleresca con los del ejército, sobre el modo de reconstruir el imperio. El presidente del consejo, Kübeck, pidió la disolución del parlamento, que la declaración del estado de sitio se extendiera á todo el imperio y la dictadura de Windischgrätz, que despues de haber sofocado la insurrección haría lo mas conveniente para adaptar el imperio á las circunstancias modernas. Sin embargo Stadion (2), apoyado por los diputados checos disidentes del parlamento de Viena, consiguió convencer al gobierno imperial de la necesidad de conservar el parlamento, si bien dándole una forma inofensiva, y en su consecuencia fué por lo pronto aplazado en 19 de octubre y convocado para el 22 de noviembre en la pequeña ciudad de Kemsier, en Moravia, bajo garantía de todos sus derechos é inmunidades y confirmando todas sus resoluciones votadas antes del 6 de octubre. A pesar de esto fué el partido militar el que dirigió la política interior, porque el ejército había salvado el imperio y aun tenía que luchar duramente con el mismo objeto en Italia y en Hungría; y además Windischgrätz había admitido el mando en jefe con la condición expresa de que nada se haría ni se adoptaría ninguna medida de gobierno interior sin su consentimiento previo. No obstante, no era Windischgrätz el jefe directo del partido militar y de la corte sino el príncipe de Schwarzenberg, diplomático práctico y buen militar, como lo había evidenciado recientemente en Italia, pero aristócrata altanero, despreciador de todos los que no eran militares de graduación, y en diplomacia atrevido y brutal cuando las circunstancias lo permitían. Este tipo de señor feudal de horca y cuchillo, entró como presidente y ministro de Negocios extranjeros en el nuevo ministerio, con el conde de Stadion para el Interior; Bruck, creador del Lloyd austriaco, para el Comercio, y en calidad de garantía, siquiera aparente, del constitucionalismo del nuevo gabinete, Kraus y Bach, el primero encargado de la Hacienda, y el segundo, demócrata semi-convertido ya, como ministro de Justicia. Estos dos habían formado parte del último ministerio de la revolución. El programa que este gabinete publicó en 27 de noviembre comprendía las bases liberales mas esenciales que la nación reclamaba: una ley municipal liberal y reformas en la administración y en la justicia.

La cuestión vital de la monarquía austriaca no era, sin

(2) Desde el 21 de noviembre, ministro con Schwarzenberg y Bach, con tendencias liberales.

embargo, la mayor ó menor cantidad de libertades que concediera á sus súbditos, sino el arreglo con la Hungría, con las provincias italianas y con la nueva Alemania en vías de gestación. Sobre este último punto se expresaba el programa ministerial en estos términos: «Solo cuando el Austria y la Alemania rejuvenecidas hayan encontrado su forma moderna y estable, será posible determinar sus mútuas relaciones políticas; hasta entonces continuará el Austria cumpliendo fielmente sus deberes federales.» El parlamento, que se había reunido en su nueva residencia sin faltar ningún diputado, recibió este programa con gran aplauso, y en seguida entró á divagar sobre derechos fundamentales, sobre federalismo y centralización, y á pasar el tiempo en ataques malignos del partido checo á la izquierda alemana, placer que el gobierno le dejó saborear á sus anchas, mientras trabajaba tenazmente para realizar sus planes reaccionarios y secretos. Teniendo por principio que las concesiones de un soberano en nada obligaban á su sucesor, no se cuidaba nadie en las altas regiones del modo de anularlo todo, sin exceptuar las concesiones hechas á los húngaros, cuando el gobierno lo juzgara oportuno, es decir, cuando tuviera la fuerza necesaria para ello.

Este día estaba cercano. El 2 de diciembre el emperador Fernando, cansado de las molestias del gobierno, abdicó en favor de su sobrino Francisco José, joven entonces de 18 años, que en su proclama expresó la esperanza de «poder reunir en una sola masa todos los pueblos y territorios de la monarquía.» El ex-emperador se retiró á Praga, donde murió el 29 de junio de 1875.

Nadie en la corte dudaba de la sumisión rápida de los húngaros, sobre todo desde la victoria de Kapolna, que tuvo efecto el 27 de febrero, de la cual hablaremos más adelante, y si bien se exageraba mucho su importancia en la corte, aumentó la impaciencia de la aristocracia, de los jefes del ejército y del clero, que todos instaban al gobierno á no demorar mas el golpe de Estado y acabar con la fantasmagoría del parlamento. Obedeciendo á tanta presión, presentó Stadion á una junta de diputados de la derecha y del centro el proyecto de una constitución que el nuevo emperador pensaba otorgar á sus Estados. La consternación y hasta la oposición que mostraron muchos diputados de opiniones ultra-moderadas parecieron imponer al ministro, el cual prometió inducir á sus colegas á aplazar este asunto; pero al día siguiente encontraron los diputados cerrado el local de las sesiones, guardadas las puertas por la fuerza armada y fijado en las esquinas un manifiesto imperial que anunciaba la clausura del parlamento por haberse puesto con sus debates en contradicción con las condiciones positivas de la monarquía, y el otorgamiento de una nueva constitución para toda la monarquía austriaca. Este código fundamental llevaba la fecha del 4 de marzo y era un zurcido de retazos de todas las constituciones extranjeras existentes. La única parte seria de esta obra era la limitación de la libertad de cultos y la supresión de toda diferencia política entre los diferentes territorios de la corona, que quedaban reducidos á otros tantos distritos administrativos, gobernados por un mismo sistema. Con esto se había realizado de una vez, á lo menos en apariencia, el proyecto de transformar los diferentes Estados garantidos por la pragmática sanción en un solo Estado unificado, idea en cuya realización se trabajaba ya cerca de un siglo con una lentitud extrema, á pesar de estar ya realizada en el ejército. Respecto de la constitución húngara, prometía el manifiesto su conservación en todo cuanto no estuviese en contradicción con la constitución general del imperio ni con el principio fundamental de la igualdad de derechos de las diferentes nacionalidades que comprendía la monarquía. Separábanse, sin embargo, de la Hungría el voivodazgo ser-

vio, la Transilvania, la Croacia y las Fronteras Militares; por manera que resultaba la constitución húngara virtualmente abolida. Una excepción hacia el manifiesto con la Lombardía y el Veneto, para cuyos territorios prometía un estatuto orgánico especial.

Del parlamento no se oyó hablar mas, si se exceptúa una justificación que publicaron treinta y tres diputados contestando á las censuras que había dirigido al parlamento el manifiesto imperial. Casi todos los declamadores de libertad y de derechos se sometieron humildes á la fuerza bruta. Los pueblos alemanes recibieron la nueva constitución con la mayor indiferencia; pero no así las otras naciones, que se irguieron soberbias contra la nivelación oficial, á pesar de que el gobierno pensaba satisfacerlas publicando su *Gaceta* en los diez idiomas que se hablaban en el imperio.

Los checos estaban indignados de verse despachados con tan soberana ingratitud despues de haber tan perfectamente cumplido su deber; pero los demócratas checos, los serbios y los croatas descontentos quedaron muy pronto reducidos á la obediencia y al silencio con el estado de sitio y multitud de prisiones. Tocante á los húngaros ya era otra cosa; sabía el gobierno que harían resistencia, pero no dudaba que podría reducirlos tambien á la obediencia por la fuerza de las armas.

#### La guerra con los húngaros

El gobierno imperial, despues de haber hecho una última intimación á los húngaros para que volviesen á la obediencia, anunció en un manifiesto la intervención armada en todos los territorios dependientes de la corona húngara y la anulación de todas las resoluciones adoptadas por el parlamento de Pest que no hubiesen sido sancionadas por el soberano; declaró culpables de alta traición á Kossuth y á sus secuaces y mandó á todas las autoridades de los citados territorios que obedecieran y miraran como su superior al príncipe de Windischgrätz. A los habitantes de la Transilvania prometió su independencia de la Hungría, y á los fieles alemanes del mismo país la restitución de su antigua organización política; los rutenos de Galitzia fueron puestos bajo el amparo del gobierno imperial contra sus amos los nobles polacos, y finalmente, la Bukovina fué declarada provincia dependiente directamente del gobierno imperial (1).

La causa magyar estaba, pues, poco menos que perdida, y de poco sirvió que el parlamento de Pest calificara de ilegal el cambio de soberano verificado sin su conocimiento, contra lo que determinaba la ley húngara, y que en su virtud considerara al ex-emperador Fernando todavía como rey legítimo de Hungría, y á su sobrino Francisco José como usurpador, siendo por consiguiente el rebelde y sublevado Windischgrätz y no la Hungría. Este razonamiento hizo alguna impresion en el ejército, pero el ejército, compuesto de restos del antiguo y de bisoños, no se hallaba en estado de emprender una campaña seria. A esto se agregaba que desde la desgraciada batalla de Sehwechat, que causó la caída de Viena, la revolución húngara había quedado aislada, y la misma intemperancia del patriotismo húngaro había levantado en armas contra su dominio á todo el Mediodía desde la frontera de Estiria hasta el confin sudoeste de la Transilvania. Solamente desde esta faja hacia el Norte ondeaba la bandera tricolor húngara.

Los serbios, no obstante sus divisiones interiores, conser-

(1) Hasta entonces había sido una provincia de Galitzia, con la cual confina al Norte, con la Rumanía al Este y Sud y con la Hungría y Transilvania al Oeste. Su superficie es de 10,451 kilómetros cuadrados. El número de habitantes pasa de medio millón y la capital es Czernowitz. (N. del T.)